

pleaba todos estos eufemismos de dición y todos estos circunloquios de palabra, con el ánimo propenso á considerar en el sacrificio aquél á Luis XVI como un cordero, si queréis, ó borrego, como dirían otros, del holocausto. Nunca mostró mayor frialdad, nunca opuso á las adversidades múltiples de su vida una tan profunda indiferencia; marchaba maquinalmente pareciendo servidor de los que debían servirle y no de los que debía guiar, pues, aunque disminuído por la Constitución, aun era del Estado jefe, y parecía no sentir la interior conciencia de su dignidad y no pasar en aquel trágico escenario por ninguna emoción.

Frente á la indiferencia de Luis XVI resaltaba de bulto y relieve la sensibilidad, como llamamos hoy á las capacidades interiores de sentir, en Antonieta. Su agitación, justificada y justísima, tras lo sucedido en tantos trances análogos, la realza mucho y demuestra cuán artístico y femenino era su temperamento, superior al temperamento de su marido. Mientras el Rey marchaba, la Reina no podía quitar de su persona los ojos. Como llevaba el traje bordado y las vistosas insignias de sus órdenes, podía distinguirlo, entre tantos negros trajes; y como ceñía empolvada peluca, el punto blanco de su cabeza resaltaba entre la copia de oscurísimos puntos. Habiendo llevado un anteojito, á su gusto y sabor, la mujer seguía con anhelo al marido en aquel paso de su pasión, en aquella grada de su Calvario. Rígida por la tensión indecible nerviosa, parecía inmóvil estatua que guardara el afecto y la idea para su expresivo rostro y su elocuente mirada. Nada de particular y extraño acaeció á Luis XVI desde la tribuna de los Reyes á la gradería de los altares. Aunque mucha gente le circuía, veíase bien que los custodios suyos procuraban preservarlo de achuchones cuanto más de atentados. Hubo necesidad varias veces de apelar para el despejo á las fuerzas armadas y apelaron los custodios del Rey sin escrúpulo y sin empacho. Sólo, en el momento de llegar á la cumbre del templo el Rey, sufrió una sacudida enorme la Reina. Vióle, al tocar el ara, violentamente retroceder, bajar dos escalones, vacilar y sacudirse como si hubiera un golpe recibido, y clamó con ese clamor trágico que sólo puede acertadamente levantar un verdadero cariñoso afecto. La comitiva se conmovió con profunda conmoción y las damas hicieron á su Reina coro con gritos desaforados. Pero no pasó nada. Imposibilitado de acercarse al ara del altar, por la mucha gente que lo invadía, Luis XVI bajó dos escalones, mientras despejaban la multitud y le abrían camino. Uno de los diputados más realistas, Dumas, gritó á los granaderos para que acorriesen al Monarca, y esta intimación intimó las muchedumbres que se marcharon del sitio y permitieron el juramento. El Rey lo prestó. ¡Cuál diferencia entre aquel juramento prestado como Rey constitucional bajo la bóveda del cielo en los campos de la Federación y el juramento prestado bajo las bóvedas del templo de Reims como Rey absoluto! Allí una Catedral secular y aquí un improvisado Teatro; allí los cardenales de la Iglesia Católica y aquí los voceros de la revolución universal; en el un espacio todos cortesanos y en el otro espacio casi todos rebeldes; los

mantos de armiño y los terciopelos de ceremonia en una parte y en otra parte los descamisados y á lo sumo las blusas; el resplandor de las coronas antiguas en el ceremonial de la Monarquía vieja y el rojo de las gorras frías en el ceremonial de la Monarquía nueva; los chambelanes cubiertos de oro antes y ahora los regidores y los diputados vestidos como jueces; los ornamentos de monarca y sacerdote sobre su cuerpo puesto por los diáconos en el antiguo momento y en este momento magullado por los jacobinos; el cetro de oro incrustrado de pedrería con la imagen de Carlo Magno en un extremo, asido por su mano en la coronación, para mostrar la imposibilidad completa de otro poder superior á su poder omnimodo, y ahora la mano vacía de toda insignia y puesta sobre un Evangelio para jurar otro poder superior á la soberanía suya y compuesto por las gentes del pueblo; antaño repique de campanas, nubes de incienso, himnos de órgano, *Te Deum* de liturgia; en este trágico noventa y dos, vibraciones de picas, gestos de amenaza, gritos de rebeldía: no puede dudarse, al comparar un acto sucedido hacia tres lustros y medio con aquel acto de tal año nefastísimo para la monarquía que Luis XVI juró con los labios fidelidad á la Constitución, pero en el interior de su pecho y en el silencio de su conciencia juró mil veces antes que la triste aceptación de aquel patíbulo moral insufrible, la busca y requerimiento del patíbulo material donde perdería su cabeza, la cual no le importaba cosa desde que había perdido esta cabeza su secular corona, heredada de sus mayores intacta y transmitida por él á sus hijos rota en mil fragmentos á manos alevés y, desdorada por innumerables desacatos seguidos de horrosas blasfemias. Luis XVI bajó del altar para subir al cadalso.

A la vuelta del Campo al Palacio, cuantos constitucionales y conservadores encontraban á los Reyes, saludábanlos con aclamaciones, mientras el pueblo, en su profundo silencio, auguraba la próxima tempestad. Al entrar dentro de las Tullerías, como sus partidarios menudeaban por los alrededores del Palacio, menudearon las aclamaciones á su vez en términos de poder los monarcas imaginarse restaurados en su antigua popularidad, en aquella en que gozaban al aparecer, por su juventud, por su amor y sus bodas, como una verdadera esperanza. Pero, en seguida que se vieron solos, comenzaron á sentir las desolaciones de sus almas entristecidas y los peligros que les amenazaban por todas partes. La Memoria fidedigna de todos estos dolores hállase hoy contenida, en las notas varias, pues no merecen otro nombre, de Madame Campan, la cual hálas guardado con más fidelidad en el corazón que brillantez en el estilo. Muchas veces á esta fidelidad se le antojan los dedos huéspedes y exagera los atentados, creídos, si no con todo el fundamento necesario, con visos de verdad. Así, dice que agarró á un perdido en las galerías cierto regio ayuda de cámara y lo quiso acogotar, porque intentaba concluir, apuñalándola, con Antonieta. V tras esto, añade cómo las noches se pasaban de claro en claro, aguardando un levantamiento de los barrios, y temiendo cayeran estos barrios sobre la corona, como un alud gigantesco. Por tal fundado terror, tuvo Antonieta que arriesgarse á incómoda

mudanza. Estando el gabinete suyo en tal sazón por el entresuelo y sobre los jardines, ofreciendo fácil acceso á cualquier irrupción como la del veinte; cambiolo por el cuarto de sus hijos, obligando á la institutriz de éstos á dormir sobre un sofá, para que pudiese dormir ella en su lecho. Había una escalera secreta entre la cámara del niño Delfín y su propia cámara; por ella se dejaba su peligroso asilo y rehuía del asilo de su hijo mayor seguridad. Así nadie sabía donde se acostaba la Reina, pues tomaba innumerables precauciones para que á nadie tal secreto trascendiese, la vigilante institutriz. Para el príncipe, amantísimo de su madre, como si viera en intuiciones mágicas y milagrosas cuán pronto había de perderla y él malograrse, cada noche de aquellas en que la tenía próxima era un encanto y cada uno de los amaneceres un juego, abriéndose así los días en dulces sonrisas para cerrarse en amargos lloros. La marea de odios crecía contra ella, y no hubo más remedio que renunciar al único recreo, á discurrir por el jardín. Connaturalizada de antiguo con los parques del gran Versalles sin límites, con las fuentes de surtidores claros y sonoros, con los pensiles de Trainón en cuyos estanques los peces multicolores colocaban y componían verdaderos coros las avecillas en las áureas pajareras colocadas entre rosales; tener que recluirse dentro de una vieja cámara, negra como profundo calabozo, equivalía con seguridad al suplicio de las antiguas Vestales, al suplicio de enterrarla viva. Una tarde, que paseaba, por Julio, en huida del calor y en busca del aire, cuatro federales insultaron su nombre con insultos soeces y ofendieron su persona con ofensas graves. La muchedumbre se aglomeró á presenciar el espectáculo y fué preciso que varios guardias suizos acorrieran á la Reina y la llevaran al Palacio. Desde tal día no bajó al jardín jamás. Y por su parte la plebe hizo del jardín un lugar funesto como aquellos consagrados á las furias en los tiempos antiguos y nefastos para todos cuantos mal de su grado los veían y pisaban. Quedóse la Asamblea con el fragmento de jardín que daba junto á la terraza de los fuldenses y por allí paseaban los vecinos; pero nadie bajó con gusto al reservado de los monarcas. Y no bajaban porque recibían conminatorias consignas de los periódicos y de los clubs, ordenándoles retraerse de todo contacto con aquellos lugares malditos. En la terraza escribían carteles con la siguiente leyenda: «tierra nacional.» A la puerta de los jardines reales ponían este rótulo: «Coblenza.» Lazos tricolores designaban las líneas divisorias entre la representación popular y la dinastía extranjera, lazos tanto más terribles, cuanto que los ponía, no el odio reflexivo de una clase y de una escuela política, los ponía la espontaneidad social. Así nadie desobedecía, como siempre que manda el misterio, y nadie paseaba por aquellos malditos espacios, donde todos los anteriores veranos buscaban las muchedumbres recreo y fresco. Ningún sitio en el interior de París tan agradable, con grata sombra de día, con auras nocturnas y aromas embriagadores de una flora bellísima. Guay del que rompiese la consigna y bajase al jardín. Del suelo surgían y del aire se precipitaban grupos de brujas y de endriagos á golpearlo como en los libros de

caballería y en los cuentos de niños. Audaz joven bajó por distracción en mal hora una tarde. «¡A la linterna, le gritaron mil voces, á la linterna!» El joven, advertido de los daños que corría por las amenazas que le lanzaban, se quitó los zapatos, y limpiándose las arecillas pegadas á sus suelas, volvió á subir á la terraza de los fuldenses, como quien pasa de un territorio maldito á un territorio sacro: lo llevaron en triunfo. Así consumían su vida los pobres cautivos, entre la escena terrible del veinte de Junio á la escena terrible del catorce de Julio, entre la escena terrible del catorce de Julio á la catástrofe del diez de Agosto.

El combate, que Antonieta consigo traía en este continuo choque de las pasiones y en este despedazamiento del pobre corazón suyo, no podía ser más trágico. La conciencia de Reina pugnaba en ella con la debilidad de mujer. El sexo le impedía blandir el cetro, (en manos de su marido una escoba que no barria, en sus manos un rayo fulminante). Después de haber conspirado tanto contra los franceses y traído á sus puertas el extranjero, aun se molestaba de que los franceses no la quisieran y le recordaran siempre su origen denominándola sardónicamente *austriaca*. Pero el espíritu popular no marraba en esto y sus sospechas respecto de Antonieta se fundaban en la más amarga y más triste realidad. Mujer de un Rey francés, madre de un Delfín francés, pariente de príncipes franceses, educada en Francia por lo prematuro de su ingreso en el matrimonio y en el país, ponía los ojos y los pensamientos sobre Austria, creyendo vengarse de los franceses con la espada y la fuerza de los austriacos. Así, durante los días historiados ahora, se levantaba, como los gallos y como las alondras, con el primer albor de la madrugada, y se ponía en magnéticas visiones internas á soñar con la llegada de los libertadores, quienes no podían libertarla sino pasando sobre la independencia y la integridad de Francia. Gustándole aire y luz y gorgoros y alboradas; veíasela desde las alamedas del jardín errar en su cámara como avecilla en jaula, experimentando sacudimientos nerviosos terribles, al chasquido de la cavilosidad ó de la idea predominante sobre su volcánico cerebro. Después de días tales, cualquiera hubiérala creído rendida de cansancio, y propensa, por ende, al sueño y al reposo en la noche. Nada de eso. Transcurría triste vigilia, en la cual no pudo conciliar el sueño, una semana, y no más, antes de su cautiverio. El calor, el insomnio, el estado eléctrico de la sofocante atmósfera, el deseo de discurrir con las dos alas del pensamiento en los cielos de su esperanza, la obligaron bien ó mal de su grado, á dejar el triste lecho y abrir la ventana para salir con la vista fuera del encierro, puesto que no podía salir con todo su cuerpo. Era una hermosa noche de luna. ¡Oh! ¡Cuántas ideas poéticas despierta la luna en las almas todas, y en las almas tristes con especialidad! Cuando su argentado disco nada en el sereno azul de la noche sin estrellas ni nubes, hasta los niños acostumbran á buscarla, y le tienden sus anhelosas manecitas, abriéndolas y cerrándolas, al instinto de adquirir y lograr, ya rudimentario en la niñez, película ó cáscara donde se contienen